

Oí hablar por primera vez del Bastón de Mando a los ocho años de edad. Mi padre, que era aficionado al esoterismo, poseía una colección de objetos y libros relacionados con el tema y, por lo que llegué a saber, colocaba ese Bastón a la misma altura de importancia que otros de naturaleza mística, como el Santo Grial o el Arca de la Alianza, aunque no fuera, como ellos, de raigambre cristiana. Sucedió una noche de 1939 en la que mi padre, viudo desde hacía cinco años, se había reunido con varios amigos que compartían su afición y mantenían una animada charla en el salón de nuestra casa, en Berlín. Habían dejado abierta la puerta y yo, atraído por sus voces, por el aroma del tabaco -el dulzón olor del tabaco de pipa mezclado con el acre y punzante de los habanos- y por el sonido que producían al entrecuchar en el aire copas y vasos mientras brindaban, me acerqué sigilosamente a ella abriéndome paso entre la penumbra del pasillo.

La voz de mi padre se alzaba por encima de las demás y desprendía una energía, un autoritarismo que resultaba raro, pues siempre solía mostrarse más bien reservado, y fue a él a quien oí hablar del Bastón de Mando. Por lo que pude entender de esa charla, de la cual solo llegué a percibir retazos a pesar de que permanecí allí casi media hora -poco fue lo que entendí, ya que mi corta edad lo impedía-, el Bastón era un tesoro arqueológico que provenía de ocho mil años atrás, del período neolítico, si bien los primeros indicios sobre la realidad de su existencia se remontaban a la segunda mitad del siglo XII y estaban localizados en un poema del alemán Wolfram Eschenbach.

No es extraño que mi mente infantil se sintiera inmediatamente atraída por aquel Bastón. Ante mí se abría una cadena de enigmas, nacidos en gran parte de mi amor por el misterio y la aventura, cultivado por mis lecturas: ¿era posible que existiera un objeto con ocho mil años de antigüedad?, ¿cómo podían publicar libros en el siglo XII si aún no existía la imprenta? (en aquel tiempo yo no había oído hablar de pergaminos e infolios), ¿qué tenía aquel Bastón, en el caso de que existiera, que pudiera atraer tanto a personas como mi padre, nada propenso a entusiasmos de ninguna clase?, ¿el nombre de Bastón de Mando significaba que la afortunada persona que lo poseyera podía llegar a ejercer alguna clase de poder sobre los demás?

Naturalmente, fui descubierto. Estaba tan abstraído con la conversación y con las preguntas que me formulaba a mí mismo, que no reparé en que mi padre se había levantado de su sillón y se aproximaba a la puerta. Cuando me descubrió, fue como una señal: las voces callaron en el acto dentro del salón y mi progenitor, sin alterar la suya, me pidió amablemente, pero con firmeza, que volviera a acostarme. 'No está bien espiar a tu padre..., ni a nadie', dijo. Todavía hoy recuerdo su expresión, su mirada: no denotaba enfado sino casi temor, y eso me dejó perplejo. Como si temiera haber sido excesivamente brusco conmigo, me besó en la frente a la vez que me daba una cariñosa palmada en el hombro. 'Habla mañana, ahora vete a dormir', añadió.

Antes de abordar las extrañas circunstancias en las que ese Bastón volvió a entrar en mi existencia para ponerla en serio peligro, veinte años después, en Madagascar, donde ahora vivo, debo añadir que mi padre cumplió su palabra. No habló conmigo por la mañana ni por la tarde del día siguiente, porque yo estaba en el colegio, sino que lo hizo durante la cena. Nuestra charla, casi un monólogo paterno, se desarrolló más o menos así:

-Anoche estuviste espiando nuestra conversación -dijo frunciendo el ceño.

-Estabais hablando muy fuerte y no podía dormir -traté de excusarme, bajando la mirada.

Mi padre sonrió sin alegría. Raras veces sonreía y cuando lo hacía era casi como un rictus.

-¿Te llamó la atención algo de lo que oíste?

-Cosas..., oí cosas sobre algo como un bastón -repuse, evasivo.

-¿Te refieres al Bastón de Mando?

Asentí en silencio; había algo en aquellas palabras y en la expresión de mi padre que me turbaba.

-Fritz, se trata de una cosa muy peligrosa -suspiró, al mismo tiempo que encendía parsimoniosamente su pipa-. Ante todo quiero que me des tu palabra de que no volverás a espiar ninguna de las conversaciones que mantenga con mis amigos. Sabes..., sabes... -titubeó- que guardo en esta casa una colección de libros y objetos antiguos de gran valor, pero ninguno es conveniente para un niño, y algunos de ellos incluso son peligrosos para un adulto..., hay que ser astuto y saber manejarlos...